Cancionero de Sagres

Francisco Umbral

Antonio Pereira va ganando de libro a libro. Está probada su facilidad para escribir, su gracia. Está probado su buen manejo de los metros. Sin embargo, aun cuando él, a veces, se cargue de problemática, inmediata, como en “Del monte y los caminos”, hay algo que le quita hierro a su poesía. Así, este "Cancionero de Sagres", libro de viajar por el vecino país de Portugal.

Su querencia por las buenas formas, por las formas tradicionales, se entiende, le da siempre a este poeta un tono de antigüedad, y hace que nos suene·a un machadismo -que no precisamente a Machado- con sonsonete, ocurrencia, rima, y ritmo. La poesía de Antonio Pereira -en este magistral “Cancionero” se confirma- no llega nunca a estar en el tono de la actualidad, no llega a conectar con el calambre de lo vigente. Es una poesía grata, rica, lujosa, suntuosa incluso, no tanto, por la abundancia de la forma, que más bien: es contenida, como por el trance confortable, tranquilo, bien aventurado; optimista, en que parece estar escrita. Hay en este libro poemas con voluntad de denuncia, digamos, como el del oporto. Pero "lo social" no es una anécdota, una observación al paso, sino una forma radical de vivir y de escribir.

Otro peligro en la poesía de Pereira es la, ocurrencia, el rasgo de ingenio, del mejor ingenio, tan frecuente en él. Porque esto -ay- pertenece al prosaísmo, pero no al prosaísmo que hace años se entronizó con toda justicia como nueva fórmula poética, sino al prosaísmo campoamorino que todavía asoma la oreja pícara de cuando en cuando, incluso en don Antonio Machado. Todo esto viene a parar en que la lírica de Antonio Pereira nos deje una sensación de diletantismo, de amateurismo, de juego admirablemente llevado, con muy buen talante y mucho talento. Pero nada más. Quiero decir qué; en cuanto a las maneras, el poeta tarda en ponerse al día (aunque este “estar al día” sea algo tan difícil de precisar). Y en cuanto al fondo de donde nace su obra, parece que es un fondo complaciente y complacido, lo que origina una poesía sin drama, sin desdoblamiento interior, sin lucha. Cuando no se escribe con conflicto, se da inevitablemente en el arte como juego, en la evasión y la gratuidad, que eso es lo que hay de peyorativo en el arte por el arte. El acendramiento del oficio es siempre hermoso, nunca condenable. Pero sólo cuando ese acendramiento lo da la propia urgencia de explicarse, de realizarse o de suicidarse en los versos.

De ese fondo tranquilo del poeta Pereira nace quizá su poesía sin conflicto, y esto es lo que hace que su gran manejo de la belleza no llegue, empero, a conmocionamos. El no pasa nunca de la vaga saudade (a este libro le va bien la palabra). Se le lee, pues, con gusto y admiración. Pero sólo con gusto y admiración.